

EL ATLETA DE RIMINI  
(O CONSIDERACIONES  
SOBRE LA OBRA DE ARTE ORIGINAL)

---

*Roberto Villalobos*

Aparece, hace sólo unos meses, un bronce cubierto de moluscos y callosidades calcáreas, en el fondo del Adriático. El rescate alcanza no sólo la pieza en sí misma. Es necesario rescatar también su antigüedad. El laboratorio, altamente equipado, decidirá si la pieza vale tan sólo £ 100.000 ó £ 5.000.000. Es decir, si quedará sujeta a mercado de coleccionistas sofisticados solamente, o si la adquiere, ahí mismo y por la segunda suma, un museo —americano— de renombre . . . o lo que es lo mismo, todavía, si la pieza es tan sólo una copia romana del siglo I o II, o un original griego del siglo IV o III (hablamos de “piezas de arte”, no de un “bloque de bronce”).

Cabe destacar, y en esto radica la importancia de su apreciación estética, que ni siquiera un experto o un erudito conocedor puede determinar por sí mismo la “autenticidad” original de la pieza . . . esos romanos fueron unos “copistas” inauditos. Es necesario someter al “atleta” a los exhaustivos análisis de laboratorio para determinar por el preciso método de “emisión luminosa”, aplicado a porciones específicas de la fundición y corroborar por la prueba de carbono 14, método menos exacto, la antigüedad del objeto . . . y en esa antigüedad, como objetividad indiscutible, su auténtico y profundo valor.

¿Qué es lo que se busca? ¿Ese acto directo deslumbrador acariciante, del dominio del arte sobre el mundo; ese instante atrapado por el artífice griego-repetido y perpetuado por el romano “copista”, sensible al modelo de la cultura ajena y valiosa, legitimadora . . . o tan sólo la “verdad objetiva” que radica en la localización temporal de un proceso tecnológico y que mágicamente es capaz de valorar por sí el acto de arte? Todo esto parece más bien una prestidigitación y sublimación del sistema capitalista —basta poner atención sobre la valoración en términos de precio del posible resultado— para autoconvencerse por el proceso de “valoración a través del arte” (acción de por sí nada peligrosa y sí muy significativa), de su acción “verdadera y objetivadora del mundo”. Bien vale la pena pagar esas sumas exorbitantes para construir una imagen legitimadora de verdad, capaz de envolver, englobar, mistificar, disimular y tender una cortina de humo sobre todos aquellos actos, cotidianos y rotundos —ajenos al arte y sí propio del

sistema en que esa pretendida verdad no se puede construir estructuralmente.

¡El arte, entonces como etiqueta de veracidad y etiqueta construida con materiales legítimos! Lo importante del síntoma es que otra vez, como proceso, revela la **verdad**, ésta sí de fondo: el “acto de arte” queda en segundo plano, desmembrado en sus alcances para que la “verdad técnica” pretenda reconquistar el origen histórico y temporalmente localizado, de un acto al que esa misma sociedad ha renunciado en principio, en el enfrentamiento mismo e inicial con la pieza en cuestión. Y esta contradicción tiene un precio de £ 4.900.000 como diferencia legitimadora entre el “ser” que escapa del arte y el “parecer” que esconde la precisión técnica en la desesperada búsqueda de identidad, de un sistema.

Un bronce, griego en su origen, romano en su repetición, objetiva, esa inalcanzable realidad en que un sistema se objetiva . . . y hasta se exhibe, pagándose el precio adecuado . . . en un museo.